

***Economía al Diván. Desempleo, Inflación y Crisis bajo la mirada de la psicología, por Pablo Javier Mira. Buenos Aires: Miño y Dávila, Junio de 2016, 312 páginas. ISBN: 978-84-16467-25-9***

**Diego Weisman**, CIECE-FCE-UBA  
[diego\\_mw@hotmail.com](mailto:diego_mw@hotmail.com)

*Economía al diván* puede ser visto como un libro de divulgación heterodoxo, en varios sentidos. En primer lugar, incluye secciones originales y divertidas (como los diálogos entre Merlina y Pericles, jóvenes estudiantes de economía que se reúnen a comentar el libro de Pablo Mira en el desaparecido “Café de las Ciencias”). Por otro lado, su aspiración explícita podría resumirse en mostrar una crítica a la ortodoxia, encarnada específicamente en lo que bautiza como “Modelo Macroeconómico Estándar”, o MME. El diagnóstico que ofrece es conocido: el MME ha fracasado porque posee microfundamentos irrealistas. El remedio es menos conocido, al menos en la forma en la que aquí se pretende administrarlo, y se enmarca en la tradición que inicia en Simon (1955) y eclosiona recientemente en *Behavioral Economics*. Específicamente, el libro propone aplicar conceptos psicológicos a los modelos *macro*, con el objetivo programático de reemplazar el MME por una alternativa provista de los microfundamentos “correctos”. Con ella, se espera, podremos ser capaces de prever crisis financieras como la de 2007- 2008, o incidir científicamente para morigerar sus consecuencias más negativas.

Las tesis centrales no resultan difíciles de reconstruir. Existe un Modelo Macroeconómico Estándar (MME) cuyas limitaciones se han hecho evidentes ante la imposibilidad de predecir, entender y tratar la crisis financiera de 2007/8. La causa de su fracaso pueden rastrearse en sus erróneos fundamentos microeconómicos. El MME asume que los agentes son *racionales* y poseen además *expectativas racionales* (Capítulo I). Sin embargo, existe suficiente evidencia empírica, provista en parte por la Economía de la Conducta, como para rechazar enfáticamente ambos supuestos. El autor ofrece además evidencia adicional, de su propia cosecha, apoyada en encuestas y “experimentos” (que al parecer lleva a cabo en sus clases), la cual demuestra de manera absolutamente convincente que las personas no poseen las características de racionalidad asumidas para los agentes en el MME (Capítulo II). Evidentemente, son necesarios nuevos fundamentos para la macro, y por fortuna la Psicología Evolucionista es capaz de ofrecerlos (Capítulo III). Los capítulos IV a VII esbozan aplicaciones de la psicología a temas

típicamente macro, como la inflación, el mercado de trabajo, el consumo, y la inversión, además de ofrecer una mirada potencialmente novedosa acerca del funcionamiento del sistema financiero (y por supuesto, de las causas de las crisis financieras). El capítulo XIII es, en palabras del autor, el “más polémico”, y aborda una explicación alternativa de la volátil inflación que atraviesa la historia nacional. Hacia los capítulos IX y X se examinan algunas políticas concretas que podrían, se espera, resolver cuestiones macroeconómicas nacionales, recomendaciones que se seguirían, de acuerdo con el autor, a partir de los renovados y realistas fundamentos psicológicos.

Tal es el contenido general de “Economía al Diván”. En un tono más personal, la lectura del libro deja entrever un deseo profundo y genuino por comprender la economía de nuestro país. Creo que muchos compartirán el desaliento del autor frente a una disciplina que no *parece* tener relación con el mundo real. El entrenamiento estándar que atraviesa el alumno consiste en la exposición a una serie de modelos, altamente matematizados, los cuales habitualmente parten de supuestos que no guardan semejanza con lo que el sentido común nos dice. Resulta difícil darle sentido a esta práctica. De allí surge una crítica que forma parte, creo yo, de la atmósfera intelectual que muchos estudiantes reconocerán como propia de nuestra casa de estudios, y que lleva a los más inquietos -aquellos que no están dispuestos a aceptar algo simplemente porque les sea dado- a organizar espontáneamente grupos o talleres de lecturas para leer de primera mano “lo que Keynes (o Marx, o Adam Smith, o Ricardo) ‘realmente’ dijo”. No resulta difícil situar a Pablo Mira en este grupo de efervescencia intelectual, y en tal sentido, el presente aporte constituye un intento valioso de arribar a una posición propia, y de construir los puentes con la realidad que la economía *ortodoxa* pareciera incapaz de brindar.

Otro de los méritos del libro consiste en poner por escrito algunas aseveraciones bien conocidas por cualquier economista, pero que son realizadas habitualmente de manera informal y elusiva. Forman parte de la tradición oral a la que refería antes. Afirmaciones como “Lucas dice que el desempleo involuntario no existe”, o “La Hipótesis de Mercados Eficientes afirma que los mercados financieros no pueden tener crisis porque son eficientes”, o “Friedman piensa que los individuos son racionales, y que los mercados ajustan de manera instantánea”, suelen escucharse por lo general en conversaciones de pasillo, y sin duda justificarían (de ser ciertas) el desdén hacia quienes creen en tales “disparates”. Después de todo, nadie en su sano juicio aceptaría como válidas afirmaciones de ese tenor, y la perplejidad que generan podría llevar al deseo de contrastarlas. El problema es el siguiente. Muchas veces estos “disparates” son atribuidos a una entidad difícil de identificar (como

---

<sup>1</sup> Empleo el término exacto que utiliza el autor. Adelantando un poco lo que sigue, quizás sería bueno considerar que si una posición alternativa se nos aparece como un “disparate”, cabe la posibilidad de que no la estemos interpretando correctamente. Es este el principio básico de asignarle a cualquier persona -incluso a personas como Milton Friedman o Robert Lucas- tanta racionalidad como a uno mismo. Como veremos, muchos de los argumentos del libro fallan precisamente en esto.

“los neoclásicos”, o peor “los neoliberales”) y eso torna complejo emprender el debate, o comprobar con espíritu independiente la solidez de tales (asombrosas) afirmaciones. Nadie puede golpear a un fantasma. Es en éste sentido en que el libro aparece también como un aporte de valía, porque aparecen valientemente expuestas las atribuciones, y en algunos casos incluso con referencias explícitas a un *paper*, lo que abre la oportunidad para una discusión abierta, o al menos para plantear algunas posibles objeciones. Sin duda, esta franqueza es de celebrar.

Espero que lo anterior haya estimulado la curiosidad del lector por el singular aporte de Pablo Mira. Con esto finaliza el comentario informativo general que suele esperarse de una revisión académica, y el lector impaciente puede perfectamente detenerse en este punto sin lamentar ninguna pérdida por lo que sigue. Pero es justamente el mérito didáctico del libro lo que, me parece, hace deseable intentar algunos comentarios ulteriores de tono más bien crítico. Es posible que la versión de la Macro “ortodoxa” que expone Pablo, y que reciben los Pericles y Merlinas de nuestra casa de estudios, no sea del todo adecuada. O, para decirlo en un tono menos controversial, parece claro que si pudiera debatirse, redundaría en provecho para nuestros estudiantes. Es con este espíritu que en la sección siguiente se abordan algunas observaciones que quizás sería prudente contemplar con miras a futuros aportes a nuestra disciplina.

### **Errores formales e interpretaciones erróneas**

Las observaciones críticas pueden resumirse en los siguientes puntos:

1- Hay algunas erratas en las referencias a *papers* o eventos históricos conocidos. Por ejemplo, en la página 68 se le hace ganar a Kahneman el premio nobel “en los ’70”, en lugar de 2002, o en la página 120 se presenta a Friedman escribiendo acerca de la *Hipótesis del Ingreso Permanente* en 1953, en lugar de 1957. De todos modos, estas eventuales imprecisiones no desmerecen en nada, a mi entender, el peso de la obra, y podrían además ser fácilmente corregidas en ediciones ulteriores.

2- El segundo problema es menos sencillo de atribuir a la premura o a la distracción, y junto con la “atribución de disparates” que examinaremos luego, podría arrojar –en caso de que estas observaciones fueran justas- alguna sombra de duda sobre la solidez de la interpretación que justifica el libro. Me refiero a un problema hermenéutico. Muchas de las lecturas sobre trabajos específicos, clásicos de nuestra disciplina, son llamativamente *opuestas* a las que los textos parecieran sugerir.

Un ejemplo concreto quizás sea ilustrativo. Pablo Mira le enrostra tanto a Friedman como a Lucas la defensa del concepto de ilusión monetaria. En efecto, en relación con la Curva de Phillips, “Economía al Diván” afirma:

“[l]a explicación neoclásica [sic] de cómo se conforma la CP [Curva de Phillips] es un poco extraña (...) Partimos de un estado de reposo de la economía, sin inflación y con pleno empleo. Ahora el gobierno emite billetes y, debido a que la producción no puede aumentar en el corto plazo, se produce inflación. La inflación reduce el salario real transitoriamente, pero los trabajadores por alguna razón no se dan cuenta, de modo que siguen ofreciendo más horas de trabajo. Así, gracias a este error de los trabajadores, temporalmente tenemos más inflación y más empleo, y nos desplazamos sobre la CP (...).

A este error se lo llamó ilusión monetaria, porque los agentes no notan los aumentos de precios que reducen el salario real en primera instancia. **Esta es la visión que defendieron originalmente los más ardientes defensores del modelo *mainstream* de la CP, que fueron Milton Friedman (1968) y Robert Lucas (1973)**” (2016: 246, subrayado propio)

El problema es que la situación parece ser exactamente la contraria. Difícilmente en Friedman (1968) o Lucas (1973) se “defiende” el concepto de ilusión monetaria, ni, por supuesto, la “explicación neoclásica” que figura en el pasaje. La razón es sencilla. El *paper* de 1972 de Lucas está construido como una *alternativa crítica a la ilusión monetaria*. Este propósito, por otra parte, se hace explícito desde la primera página:

“This paper provides a simple example of an economy in which equilibrium prices and quantities exhibit what may be the central feature of the modern business cycle: a systematic relation between the rate of change in nominal prices and the level of real output. The relationship, essentially a variant of the well-known Phillips curve, **is derived within a framework from which all forms of “money illusion” are rigorously excluded**” (1972: 1, subrayado propio)

Robert Lucas intenta mostrar en 1972 que no es necesario asumir “ilusión monetaria” para dar cuenta del *trade off* de corto plazo en la así llamada “Curva de Phillips”. Idéntico resultado emerge postulando un *problema de información incompleta* atribuible al contexto en el cual operan agentes perfectamente racionales. Es un caso típico en la historia de la ciencia. Dos hipótesis alternativas (ilusión monetaria *versus* información incompleta) se proponen como explicación del mismo fenómeno, y como ambas son (por construcción) compatibles con él, resultan empíricamente indecibles en ese contexto. Al año siguiente, en 1973, Lucas escribe “*Some international evidence ...*”, -el *paper* al que Mira le atribuye la *defensa* de la ilusión monetaria- justamente para mostrar cómo podría diferenciarse empíricamente entre la hipótesis de una Curva de Phillips *estable* y una que emerge por información incompleta y por ende, resulta *inestable*. Si la Curva de Phillips se debiera a un problema de información incompleta afrontado por agentes racionales, argumenta Lucas, no sería un fenómeno *estable*, porque los agentes extraerían la señal adecuada a medida que la información se vaya desplegando. El título del trabajo se explica justamente porque ofrece allí evidencia empírica a favor de esta segunda hipótesis. Lo consigue comparando países “volátiles” -como Argentina- con otros comparativamente menos volátiles, como Japón o EE.UU. La evidencia parece indicar que en los segundos, las políticas de demanda agregada conducen a una mayor volatilidad *nominal*, algo compatible

con la idea de que los agentes han extraído correctamente la señal y entonces ya no pueden ser “engañados”. Sea como sea, atribuirle a un *paper* como el de Lucas (1973)<sup>2</sup> la idea de *defender* la “ilusión monetaria” resulta, como mínimo, llamativo. Lucas ya había dejado clara su posición el año anterior cuando concluye “[the] paper has been an attempt to resolve (...) [a] paradox (...) The resolution has been effected by **postulating economic agents free of money illusion (...)**” (1972, subrayado propio)

Este no es el único caso. Las interpretaciones que ofrece el libro de la *Hipótesis del Ingreso Permanente*, de la *Hipótesis de Expectativas Racionales*, o de la *Hipótesis de Mercados Eficientes*, parecen ser tan problemáticas como la anterior. Algo de esto veremos más adelante. Pero pasemos ahora a un tercer *tipo* de inconveniente.

3- Otro aspecto controversial consiste en la “Atribución de disparates”, fenómeno que resulta más difícil de encasillar, como hicimos con los dos casos anteriores, o bien como un defecto puramente formal, o bien como una falla hermenéutica. Los “disparates” que se le atribuyen a Robert Lucas son afirmaciones del tipo “el desempleo involuntario no existe”, o “los mercados [reales] están en equilibrio”, o a Friedman que “los mercados ajustan de manera instantánea”, o que “las personas son racionales”, etc.

En estos casos, a diferencia de los previos, no suele existir referencias a *papers* concretos, lo cual genera el inconveniente de volver más laboriosa la crítica. En lugar de documentar que un *paper* en particular no afirma lo que se le adjudica, como hicimos en el punto previo, hace necesario demostrar que en **ningún paper** aparecen afirmaciones semejantes. La tarea está lejos de mi alcance, y por lo tanto los puntos siguientes deberían ser tomados con mayor precaución.

### ***a-Eugene Fama y los mercados eficientes***

Comencemos con la idea que se le asesta a Eugene Fama, en relación a las “burbujas especulativas” o a las “crisis financieras”. Comentando los orígenes del MME, “Economía al Diván” expone:

---

<sup>2</sup> La razón tiene que ver quizás con mostrar las posibles consecuencias de la *intervención* “keynesiana” del *policy maker* sobre el sistema económico. La conjetura, no refutada por esta evidencia en particular, consiste en afirmar que tales intervenciones causan *mayor* volatilidad agregada. En términos de Lucas: “In a stable price country like the United States, then, policies which increase nominal income tend to have a large initial effect on real output, together with a small, positive initial effect on the rate of inflation. Thus, the apparent short-term trade-off is favorable, **as long as it remains unused**. In contrast, in a volatile price country like Argentina, nominal income changes are associated with equal, contemporaneous price movements with no discernible effect on real output. **These results are, of course, inconsistent with the existence of even moderately stable Phillips curves.**” (Lucas, 1973: 332/3, subrayado propio).

“La avanzada antikeynesiana dio lugar al desarrollo de modelos en los que la racionalidad individual adquirió ribetes novelescos. Un economista dedicado a las finanzas y ganador del Premio Nobel, Eugene Fama, desarrolló una teoría financiera de la cual se desprende que el concepto de “burbuja especulativa” es completamente absurdo” (2016: 28).

“(…) cuando los agentes forman expectativas racionalmente los precios de los activos reflejan de manera eficiente la información disponible, y podemos decir que están en equilibrio y no hay burbujas especulativas” (2016: 29).

El inconveniente aquí es que la Hipótesis de Mercados Eficientes (en adelante, HME) por supuesto no sostiene que las crisis no se pueden *producir*, sino más bien que *no hay manera científica de predecirlas*:

“An informationally efficient market can have economically inefficient runs and crashes, so long as those crashes are not predictable. To say “the crash proves markets are inefficient” or “markets are inefficient; finance academics did not foresee the crash” is a classic reflection of this ignorance. ***The main prediction of Gene’s efficient-markets hypothesis is exactly that stock price movements are unpredictable!*** (Cochrane, John; 2013, subrayado propio)

Justamente, el hecho de que las series *observadas* de los precios de activos no posean información “extra” disponible para ser utilizada *por el teórico* con el objetivo de anticipar su comportamiento futuro, es lo que torna imposible –si la hipótesis es correcta– que el economista sea capaz de identificar “burbujas financieras” como tales *antes* que los participantes del mercado. En este sentido, las burbujas se reconocen como tales una vez que “explotan”. La razón es clara. Afirmar que un alza observada es el preludio de una burbuja (y no, por ejemplo, la respuesta frente a un cambio de preferencias), es afirmar que, en un futuro arbitrario, la serie experimentará un comportamiento a la baja. Pero, ¿cómo podría saber el economista el comportamiento futuro de una serie de precios? Y si lo supiera, ¿por qué no aprovecha ese conocimiento para obtener (infinitas) ganancias? Asumiendo que el economista promedio no posee poderes proféticos, Lucas escribe:

“One thing we are not going to have, now or ever, is a set of models that forecasts sudden falls in the value of financial assets, like the declines that followed the failure of Lehman Brothers in September. This is nothing new. ***It has been known for more than 40 years and is one of the main implications of Eugene Fama’s “efficient-market hypothesis”*** (Lucas; 2009)

“The main lesson we should take away from the EMH [Hipótesis de Mercados Eficientes] for policy making purposes is the futility of trying to deal with crises and recessions by finding central bankers and regulators who can identify and puncture bubbles. ***If these people exist, we will not be able to afford them***” (*loc.cit.*, subrayado propio)

El punto de Lucas parece ser que, si hubiera alguien capaz de conocer el precio futuro de las acciones, no trabajaría para el gobierno, ni en la academia. Por las

mismas (pedestres) razones, una persona que pudiera conocer el comportamiento futuro de la ruleta a partir de las series observadas, no vendería su martingala por internet. El paralelo es bastante exacto. La teoría estadística “predice” que no existe información sistemática en la serie histórica de números observados, por lo cual “prohíbe” la capacidad de predecir los números futuros sobre su base. Esto es *compatible* con personas que se hacen millonarias jugando a la ruleta, y con series “inesperadas” como la famosa sucesión de 26 números negros en la ruleta de Montecarlo de 1913, pero *no es compatible* con la existencia de “martingalas” que le den ventajas sistemáticas para apostar al teórico. La teoría de Eugene Fama, análogamente, parece hacer algo semejante con los precios futuros de las acciones, y de allí la idea de ver a las series históricas como *random walk*. No es una conjetura trivial. Por el contrario, aparece como una hipótesis audaz y falsable (y, de hecho, cuenta con falsaciones interesantes, algunas de ellas planteadas por el propio Eugene Fama). Es el corolario, por otra parte, de asumir incertidumbre fundamental. En suma, bajo esta mirada, el mensaje de HME es: se pueden *producir* “burbujas” o crisis financieras, no hay forma de *predecir* “burbujas” o crisis financieras.

Las afirmaciones precedentes de Cochrane, Fama o Lucas *podrían* ser erróneas, por supuesto, así como la lectura que acabo de proponer. Pero dejan ver con claridad la posibilidad de una interpretación alternativa acerca del contenido empírico de la hipótesis, muy alejada de la mirada literal bajo la cual, efectivamente, resulta un “disparate”.

Incidentalmente, espero que Pablo Mira no se decepcione, porque considera que “éste es el trabajo principal de los macroeconomistas: anticipar crisis para evitarlas o, eventualmente, para suavizar sus consecuencias” (*sic*, p. 25). Lo lamentable es que, si HME es correcta, el sueño de anticipar crisis es tan científico como el del motor perpetuo, o el viaje a velocidades superiores a la luz. La situación, por supuesto, no constituye una peculiaridad de nuestra disciplina. Como en cualquier otra ciencia *teórica*, las leyes, bajo la mirada ortodoxa, nos muestran nuestras limitaciones. Los mundos en los cuales son posibles las velocidades superlumínicas, o las máquinas de energía ilimitada son los de la ciencia ficción, no los de la ciencia. Son mundos que presentan posibilidades lógicas que son, a la luz de nuestras mejores conjeturas, imposibilidades científicas.

De nuevo, HME *podría* ser incorrecta, como tantas otras hipótesis científicas a lo largo de la historia, pero atribuirle gratuitamente un contenido que no posee, y bajo el cual no tiene ningún sentido, resulta cuestionable, al menos si nuestro objetivo es favorecer o estimular la discusión crítica de ideas en el marco de la ciencia.

**b- Milton Friedman, recesiones, depresiones, y crisis.**

Algo semejante ocurre con la lectura de los demás autores citados. Con relación a Friedman, abundan en *Economía al Diván* afirmaciones como la siguiente:

“Al incorporar la racionalidad económica a sus modelos macroeconómicos, Friedman llegó a la conclusión de que el problema de las **recesiones** no era responsabilidad de la inestabilidad del sector privado sino del Estado. Friedman abrió el camino para culpar de las crisis y las recesiones a una mala administración de la política económica, específicamente de la política monetaria” (2016: 27)

El problema aquí es que, de acuerdo con Friedman<sup>3</sup>, no son las *recesiones* la “responsabilidad del Estado”, sino las *depresiones*. El responsable, por otra parte, es la autoridad monetaria más que el Estado *in toto*.

Quizás no sea del todo inútil recordar que *recesión* y *depresión* suelen aludir a fenómenos diferentes. Una *recesión* se considera habitualmente parte normal del ciclo económico, y de acuerdo con la ortodoxia, es un fenómeno quizás inevitable. Todas las economías, desde que poseemos registros confiables, parecen estar sujetas a estos comportamientos cíclicos. Es por esto que ni el ciclo económico ni la *recesión* pueden ser considerados una “responsabilidad del Estado” para Friedman o Lucas (aunque sí podría serlo su volatilidad o profundidad, respectivamente). Por otra parte, una *depresión* es un fenómeno muy diferente, y por el enorme costo en términos humanos y materiales que conlleva, suele distinguirse del período descendente “normal” del ciclo económico. El caso más conocido lo constituye la terrible depresión económica que comenzó luego del *crash* bursátil de 1929. El influyente libro de 1963 de Friedman y Schwartz, *A monetary history of the United States*, justamente argumenta, en contra de la hipótesis keynesiana, que fue una desacertada política monetaria la responsable de convertir una mera *recesión* producto de una *crisis financiera* en una dolorosa, larga y costosa *depresión* económica. La hipótesis puede ser errónea, pero el tipo de evidencia que la apoya ha resultado determinante para convencer a una parte importante de nuestra disciplina de que resulta comparativamente mejor a la conjetura “keynesiana” previa. La decisión, en gran medida, no ha sido consecuencia de ponderar la evidencia *observacional* disponible (la cual, como es esperable, resulta compatible con ambas hipótesis), sino *experimental* –evidencia surgida de lo que hoy llamaríamos “experimentos naturales”<sup>4</sup>, y que *A monetary history of the United States* se encarga de recopilar. En suma, la afirmación (controversial) de Friedman y Schwartz es que ha sido la FED la responsable de la Gran Depresión.

---

<sup>3</sup> A falta de referencia alguna, voy a asumir que el pasaje apunta a “A Monetary History of the United States”, de Friedman y Schwartz (1963).

<sup>4</sup> Ver Bernanke, B.; (2002). Disponible en <https://www.federalreserve.gov/boarddocs/speeches/2002/20021108/default.htm>

Incidentalmente, la extensión del consenso se revela en las conocidas palabras con las cuales B. Bernanke finaliza su disertación ante Milton Friedman y Anna Schwartz en 2002:

“Let me end my talk by abusing slightly my status as an official representative of the Federal Reserve. I would like to say to Milton and Anna: **Regarding the Great Depression. You're right, we did it.** We're very sorry. But thanks to you, we won't do it again.” (2002, subrayado propio.)

Bernanke reconoce que la depresión fue “human made”, y no el resultado estructural de un sistema fallido, o de una supuesta “trampa de liquidez”. El tema no termina aquí, por supuesto. La conjetura invita a pensar, naturalmente, que una forma de *evitar depresiones* consiste en “rescatar” al sistema financiero cuando se percibe la posibilidad de un *crash* generalizado. El que las acciones de Bernanke ante la crisis de 2008 hayan sido compatibles con sus palabras en 2002, y con las recomendaciones prácticas que se siguen de Friedman y Schwartz (1968), es algo que parece no dejar mucho margen a la discusión.

La confusión entre recesión, crisis y depresión también podría explicar la curiosa manera de interpretar episodios estrechamente relacionados. Muchos conocen el párrafo con cual Robert Lucas inicia en 2003 su “Monetary priorities”:

“Macroeconomics was born as a distinct field in the 1940's, as a part of the intellectual response to the Great Depression. The term then referred to the body of knowledge and expertise that we hoped would prevent the recurrence of that economic disaster. My thesis in this lecture is that macroeconomics in this original sense has succeeded: Its central problem of **depression prevention** has been solved, for all practical purposes, and has in fact been solved for many decades” (2003: 1, subrayado propio)

De acuerdo con Lucas, la economía ha descubierto el modo de prevenir depresiones. Sin embargo, por alguna razón, Pablo Mira parece interpretar el pasaje precedente como si refiriese a una *crisis* financiera (las cuales son *impredecibles*, según HME), o quizás a una *recesión*, en lugar de a las *depresiones económicas*, como explícitamente afirma Lucas. Es por ello que critica la cita precedente *sobre la base de que en 2007 hubo una crisis financiera, seguida de una recesión* (!). Si bien es cierto que quienes –como Paul Krugman– creían que la recesión iba a transformarse en una nueva depresión semejante a la que comenzó en 1929 se apresuraron a afirmar tales cosas, hacerlo en el 2016, cuando el final del episodio se ha hecho conocido, resulta al menos llamativo.

Una lectura alternativa quizás sea útil en este punto. Es posible pensar, creo, que Lucas conociera el aporte central de Friedman y Schwartz de 1968, y que además haya estado de acuerdo con las palabras pronunciadas por Bernanke en 2002, y en consonancia con esto, considere que nuestra disciplina ha logrado finalmente prevenir depresiones. Si la afirmación de Lucas es cierta, la relevancia del descubrimiento resulta difícil de exagerar. Rápidamente vienen a la mente logros paralelos de otras disciplinas, como la prevención de las infecciones masivas que

ha conseguido la medicina moderna el siglo pasado, y a la que le debe en gran medida el aura prestigiosa de cientificidad que todavía hoy la acompaña a ojos del público general. Nuevamente, esto podría ser erróneo (algo que puede determinarse examinando la evidencia cuasi experimental que utiliza Friedman y Schwartz, o criticando el “experimento Mississippi” que reconstruyen Angrist & Pischke en el capítulo V de *Mastering Metrics*, 2015, por ejemplo), pero muestra por una parte hasta qué punto la economía es una “ciencia inútil” para la visión ortodoxa, incapaz de realizar aportes prácticos concretos, y por la otra en qué medida aparece como divorciada de los problemas del mundo real, dos de las críticas que se le formulan habitualmente.

### ***c- Lucas, el “desempleo involuntario” y el “equilibrio”***

Un ejemplo adicional del tipo de aseveraciones que abundan en “Economía al Diván” es el siguiente:

“(...) para Lucas el desempleo involuntario no es posible, y por lo tanto no existe. La economía, para Lucas, siempre funciona en un equilibrio con pleno empleo (...)” (2016: 247).

La producción intelectual de Robert Lucas es prolífica. Aventuro la hipótesis de que el lector podrá recorrer las miles de páginas que ha escrito, sin hallar jamás una afirmación semejante a “el desempleo involuntario no es posible, y por lo tanto no existe”. Por el contrario, encontrará una crítica al *concepto* de desempleo involuntario como herramienta teórica que sea de alguna utilidad para extraer información a partir de las series agregadas que suele examinar el macroeconomista:

“In summary, it does not appear possible, even in principle, to classify individual unemployed people as either voluntarily or involuntarily unemployed depending on the characteristics of the decision problems they face. One cannot, even conceptually, arrive at a usable definition of full employment as a state in which no involuntary unemployment exists” (1978: 355)

El pasaje es una crítica al concepto *teórico*<sup>5</sup> denominado “desempeño involuntario”. Lo que no es posible, afirma Lucas, es *clasificar* a los individuos desempleados (para este problema), no el *fenómeno* del desempleo involuntario en sí, en el sentido de personas que les gustaría estar en una situación laboral mejor. Pero la distinción es pasada por alto cuando el libro afirma:

---

<sup>5</sup> Algo que Lucas afirma de manera clara por otra parte: “Involuntary unemployment is not a fact or a phenomenon which it is the task of theorists to explain. It is, on the contrary, a theoretical construct which Keynes introduced in the hope that it would be helpful in discovering a correct explanation for a genuine phenomenon: large-scale fluctuations in measured, total unemployment” (1978: 354)

“Aunque parezca mentira, el MME explica el desempleo como meras vacaciones tomadas por los individuos, ya que niega la existencia de desempleo involuntario” (2016:109)

Lo menos que puede decirse al respecto es que conviene no confundir una crítica a la pertinencia analítica del *concepto* de “desempleo involuntario”, con una “explicación del desempleo” en el sentido popular del término.

En suma, parece haber cierto consenso por parte de Friedman, Lucas o Fama en que las *recesiones* son distintas de las *depresiones*, que hemos aprendido a evitar *depresiones*, y que las crisis o las “burbujas financieras” –como los terremotos o los tsunamis- son imposibles de predecir científicamente. No es sencillo ver cómo se llega a partir de aquí a la lectura según la cual “Friedman abrió el camino para culpar de las crisis y las recesiones a una mala administración de la política económica, específicamente de la política monetaria”, o para considerar que la HME asevera que *las crisis no se pueden producir*, o que el concepto de “burbuja especulativa” es completamente absurdo.

Dando un paso más, podríamos preguntarnos cuál es el origen de la “atribución de disparates”. Sin duda, el autor conoce los distintos *modelos* postulados por Lucas (es decir, el conjunto de ecuaciones formales que se conoce habitualmente como “modelo de las islas”, o “generaciones superpuestas”, etc.), o los *modelos* en los cuales todos los ajustes son instantáneos, o los *modelos* donde los mercados arriban a un equilibrio, y por alguna razón ha tomado estos *modelos* como intentos de representar directamente la *realidad*.

Examinemos con más detalle este punto. El problema parece estar, en parte, en que se interpretan los modelos en la ciencia como un conjunto de ecuaciones cuyo fin es el de *representar* o describir la realidad, en lugar de verlos como conjeturas de las cuales emergen predicciones a ser testeadas mediante evidencia “creíble” (típicamente, evidencia experimental o cuasi experimental, en contraposición a la evidencia observacional). Esto explicaría por qué Pablo Mira, enfrentado a un modelo que “afirma” o supone equilibrio, considere que ese equilibrio es –en lugar de un concepto teórico, o más generalmente, una herramienta útil para el analista- un término que intenta hacer alusión a una entidad inmediatamente observable. Pero esto contradice la intención *explícita* de Lucas o de Friedman:

“The long run equilibrium in which, as I put it, “all anticipations are realized” and that is determined by “the earlier quantity theory plus the Walrasian equations of general equilibrium” is not a state that is assumed ever to be attained in practice. It is a logical construct that defines the norm or trend (...) (Friedman, 1974)

“Cleared markets is simply a principle, not verifiable by direct observation, which may or may not be useful in constructing successful hypotheses about the behavior of these series [series de empleo y salarios]. (Lucas y Sargent, 1981)

“I think general discussions, especially by non-economists, of whether the system is in equilibrium or not are almost entirely nonsense. You can’t look out of this

window and ask whether New Orleans is in equilibrium. What does that mean? (laughter). **Equilibrium is just a property of the way we look at things, not a property of reality**” (Lucas, en Snowden, 1999: 28, subrayado propio).

Algo semejante explicaría la crítica a los *modelos* que postulan agentes con expectativas racionales (RATEX). El equívoco anterior podría llevar a que se los interprete como un intento de *representación* de la psicología de los individuos, algo que por supuesto –concedo– no tiene ningún sentido. Los seres humanos “reales” no poseen literalmente expectativas racionales, y sería bueno considerar que los autores ortodoxos ya conocían este hecho trivial de antemano. En la sección siguiente exploraremos este punto. Por el momento, no podríamos estar más de acuerdo con el autor cuando afirma: “[s]i el lector siente que toda esta historia es un poco delirante, lo entiendo perfectamente”.

4- Un cuarto problema, está vez más profundo y por ende menos evidente, es la falla en distinguir entre Teoría de la Decisión –un campo donde la psicología cognitiva puede, y de hecho está realizando valiosos aportes– del campo de la Teoría Macroeconómica. Son teorías que intentan resolver *tipos de problemas* distintos, la primera relativa a decisiones individuales y la segunda con respecto al comportamiento de series agregadas. Por alguna razón, parece asumirse que las propiedades del grupo son las de los individuos que lo componen. Esto explicaría la enigmática afirmación de la introducción:

“[e]n este libro nos ocuparemos de la macro, pero también de los comportamientos micro que subyacen a ese agregado. Después de todo, **un total está conformado por sus partes**” (2016: 15, subrayado propio)

Que “un total esté conformado por sus partes” (*sic*) podría ser un truismo vacío, o una mera tautología, pero la implicación que Pablo Mira extrae de ella, deja ver a las claras un tipo de razonamiento particular que podemos llamar la *Falacia Económica*. Dada su extensión, conviene analizarla por separado.

### **La Falacia Económica, el *Homo Economicus* y el Agente Representativo**

¿Por qué Pablo Mira cree que los agentes modelados son un intento de *describir* agentes reales? Una parte de la respuesta podría encontrarse en la comisión de una suerte de “Falacia Económica”. Prácticamente la totalidad del libro descansa sobre ella. En parte el error proviene de inferir a partir de ciertas propiedades *del grupo*, las propiedades de los *individuos*. Como cualquier estudiante de estadística comprende, un índice que vale para poblaciones –como el Índice de Masa Corporal, por ejemplo, o la Esperanza de Vida– no vale necesariamente para los individuos que la conforman. No hay ninguna contradicción en pensar que un promedio no “represente” o describa a *ninguno* de los individuos “reales” que componen un grupo dado. Esta es la ya conocida Falacia Estadística. Pero la Falacia Económica adiciona un paso más. Consiste en tomar las características de un

*modelo*, en particular las características del “individuo representativo” o del *homo economicus*, por ejemplo, como intentos de describir (“aproximadamente” o no, el punto no es de importancia ahora) al individuo real. Esta identificación del “individuo representativo” con el “individuo real” es un tópico central, porque evidencia una confusión entre ontología (cómo es el mundo) y metodología (qué método utilizamos para trabajar sobre el mundo)

Para decirlo del principio, *ninguna* de ambas tradiciones, ni la del “agente representativo” de Marshall, ni la del “*homo economicus*” de Stuart Mill (que *Economía al Diván* parece tomar, por alguna razón que se me escapa, como equivalentes) se plantearon jamás como tarea *describir* al individuo real. El punto no es algo novedoso ni arcano, sino explícito al menos desde el siglo XVIII y XIX. Aparece incluso en el instante del nacimiento mismo del *homo economicus*:

“What is now commonly understood by the term “Political Economy” (...) is concerned with [man] solely as a being who desires to possess wealth, and who is capable of judging of the comparative efficacy of means for obtaining that end. It predicts only such of the phenomena of the social state as take place in consequence of the pursuit of wealth. It makes entire abstraction of every other human passion or motive (...).

***Not that any political economist was ever so absurd as to suppose that mankind are really thus constituted, but because this is the mode in which science must necessarily proceed.*** When an effect depends upon a concurrence of causes, those causes must be studied one at a time, and their laws separately investigated, if we wish, through the causes, to obtain the power of either predicting or controlling the effect; since the law of the effect is compounded of the laws of all the causes which determine (J. Stuart Mill, 1844:106, subrayado propio)

A la luz de estas citas, se torna difícil comprender aseveraciones como la siguiente:

“El supuesto del *homo economicus* es fácil de criticar. He dedicado buena parte de mi vida profesional a la docencia en diversas universidades y reconozco que cuando deseo lucirme en clase me dedico a desmitificar la racionalidad humana y mostrar los errores casi infantiles en los que caemos” (2016:19)

Mira parece creer que está criticando a la tradición “ortodoxa”, la cual consideraría al hombre real como un *homo economicus*, pero desde sus orígenes aparece estipulado que el término posee una justificación *metodológica* y no guarda relación descriptiva con la compleja psicología de los agentes concretos. La consecuencia esperable de este *faux pas* es considerar a los modelos económicos “ortodoxos” del tipo MME como “disparates” (*sic*) y de manera consistente, atribuirle su preeminencia y el consenso parcial que existe en torno suyo no a la evidencia empírica comparativamente favorable, sino a una suerte de **conspiración**, o un apego inexplicable por la matemática, consecuencias que Pablo Mira extrae prolijamente:

“¿[q]ué nos ha llevado a esta situación? Plantear que MME es consecuencia de una confabulación ideológica de los intereses del libremercado puede ser tentador, pero no es la causa principal de esta historia. Quizás parte de la explicación sea que en las últimas décadas se tornó natural aceptar únicamente modelos formalmente ‘tratables’ que permiten extender la frontera del conocimiento solamente mediante el uso de herramientas matemáticas” (2016: 25 y 26).

“No me gustan las teorías conspirativas, pero pareciera que salvar al aparato matemático y analítico que habían desarrollado era una buena razón para no meterse demasiado con la psicología humana” -dicho por Merlina- (2016: 68).

Prácticamente lo mismo sucede con el “agente representativo” o la “firma representativa”. En lugar de criticarlos como artificios estadísticos que se adopta con fines predictivos, una crítica perfectamente posible y que -de ser exitosa- sería un adelanto concreto para nuestra disciplina, se los presentan como conceptos inmediatamente descriptivos. Como si quienes lo acuñaron en el siglo XIX creyeran estar describiendo cómo son *de hecho* los individuos reales o las empresas concretas. Pero la interpretación resulta incompatible con el más elemental análisis histórico. Que la “firma representativa” de Marshall refiere a un concepto estadístico, y no a la firma “real”, ha constituido la interpretación habitual al menos desde los *Principios*. En palabras de Armen Alchian:

“A ‘representative firm’ is not typical of any one producer but, instead, **is a set of statistics summarizing the various “modal” characteristics of the population.** Surely, this was an intended use of Marshall’s “representative firm” (1950: 217, subrayado propio)

No resulta difícil conjeturar que Alchian está pensando en el famoso Libro IV de los *Principios* de Alfred Marshall, en el cual aparece expuesta, ya desde 1890, esta misma idea (“thus a representative firm is in a sense an average firm...”)

Para finalizar este pasaje, una sugerencia. Quizás una parte importante de las perplejidades que atraviesan el libro frente a las afirmaciones de la economía “ortodoxa” desaparecerían si se hiciera la prueba de considerar que Marshall, Stuart Mill, Friedman o Lucas no estaban “locos” ni decían quizás más “disparates” que el resto de nosotros, ni querían *describir* un mundo que resulta manifiestamente absurdo. Es posible, por el contrario, que hayan estado acuñando constructos teóricos como “equilibrio”, o “agente representativo”, u “*homo economicus*”, y luego adoptándolos con fines metodológicos, una práctica que, por lo demás, no resulta ajena a las demás ciencias, como la física o la biología evolucionista.

### ***Una interpretación alternativa***

Espero haber puesto una sombra de duda sobre el supuesto de que Friedman, Lucas y Fama afirmaran efectivamente lo que se les atribuye. Si lo dijeran, serían parte de “Los Locos Adams”, junto con los simpáticos Merlina y Pericles, y deberían atravesar largos años de diván antes de reincorporarse al mundo de los cuerdos, supongo. Por el contrario, el mundo en el que viven es bastante parecido, arriesgo,

al de Pablo Mira. Un mundo regido por la incertidumbre (fundamental, en el sentido de Keynes, 1937), compuesto por personas reales que no poseen capacidades sobrenaturales de adivinar el futuro, y donde el proceso fundamental es evolutivo, de ensayo y error. Es una concepción del hombre que no sólo no resulta divorciada de la psicología, sino que aparece estrictamente en línea con la psicología cognitiva, y así ha sido reconocido por sus autores (*e.gr.*, R. Lucas, 1986)<sup>6</sup>.

En suma, la *ontología* supuesta por muchos modelos ortodoxos es la de un sistema económico dinámico, caracterizable por procesos basados en expectativas, movilizado por agentes limitados que operan en un sistema abierto y proceden por ensayo y error. Esta ontología *implica* una metodología de modelos microfundamentados (e “irrealistas”) construidos para predecir reglas creíbles de política económica, y no políticas puntuales o discrecionales. El punto es central. Los modelos “ortodoxos” asumen o presuponen tal ontología, pero ni la describen ni la reflejan.

La razón por la cual, de acuerdo con esta interpretación, los modelos “ortodoxos” *presuponen* esta ontología, pero no la *reflejan* es estrictamente filosófica. *Ninguna teoría refleja la realidad*, en el sentido inmediatamente descriptivo que se asume a lo largo de *Economía al Diván*. Por supuesto, esto dista de ser instrumentalismo<sup>7</sup>. La ciencia se concibe aquí, bajo la influencia del empirismo crítico<sup>8</sup>, no como un conjunto de verdades fundamentadas en la observación, sino más bien como un entramado de conjeturas falibles que aceptamos provisoriamente cuando sus predicciones (que no deben confundirse con *pronósticos* ni con *profecías*) son comparativamente mejores a las de teorías alternativas, sobre la base de evidencia “creíble” surgida de experimentos controlados o naturales (y no de evidencia observacional). Y el *contenido empírico* de las hipótesis provisoriamente aceptadas

---

<sup>6</sup> La compatibilidad, para Robert Lucas, entre psicología y economía queda de manifiesto en pasajes como el siguiente: “The relationship between psychological and economic views of behavior, once a subject of heavy dispute, is now understood in a very similar way by practitioners of both these disciplines and of our sister social sciences” (1986: 2).

<sup>7</sup> No es posible suministrar aquí las razones en detalle, aunque quizás las siguientes líneas den una idea *general* del punto, y muestren el tipo de *realismo científico* que heredan de K. Popper economistas como Lucas o Friedman, una posición por supuesto muy alejada del instrumentalismo que suele atribuírseles.

Poseemos una imagen científica del mundo no porque la ciencia refleje inmediatamente la realidad, sino porque asumimos que las entidades o procesos postulados por aquellas teorías o hipótesis predictivamente exitosas, bajo ciertas circunstancias, *existen* en el mundo real. No es el sentido común quien nos hace aceptar un universo poblado por agujeros negros, en el cual la velocidad de la luz es insuperable, y donde ciertos eventos como las crisis financieras son quizás impredecibles, sino que es la ciencia *en contra del sentido común*. Para decirlo de una manera un tanto hermética, no es la descripción correcta del mundo lo que “explica” el éxito predictivo de las hipótesis científicas, sino que es exactamente al revés. El éxito predictivo de hipótesis que muchas veces vulneran las intuiciones del sentido común, bajo ciertas condiciones, nos conducen a aceptarlas *qua* descripción “científica” del universo social o natural. Es por ello que *ningún* modelo científico (físico, biológico, económico, etc.) sobreviviría al examen del sentido común, ni a las acusaciones del tipo de “irrealismo” en la cual se basa el tipo de crítica en el que incurre el libro que estamos examinando.

<sup>8</sup> Con este término me refiero a la influencia de las ideas filosóficas de Karl Popper.

no se identifica con tendencias, sino típicamente con *prohibiciones*<sup>9</sup>. La diferencia entre el científico teórico y el lego, bajo esta concepción, consiste en que el primero conoce *lo que no puede suceder*, si sus conjeturas son correctas. Es por esto que la marca de la ciencia teórica es la humildad, y no la supuesta capacidad del científico para profetizar los acontecimientos del futuro<sup>10</sup>, o para controlar la naturaleza, como pensaba esperanzadamente el empirismo del siglo XVIII, y continúan repitiendo hoy muchos economistas que se consideran a sí mismos libres de prejuicios filosóficos.

La interpretación esbozada suele ser pasada por alto quizás con demasiada facilidad, y esto podría estar en la base de la tradición oral a la que me refería al comienzo, y que corre el riesgo de errar por mucho del blanco. Si mi percepción no es errónea, esto es lamentable. No podemos permitirnos perder talentos creativos y críticos como el de Pablo Mira. Poco se gana golpeando a Mr. Strawman, y es claro que discutir una posición inexistente conlleva un costo de oportunidad obvio. Las ideas económicas de Friedman y Lucas *pueden* –como el resto de las ideas o hipótesis de cualquier otra ciencia- estar mal, y la manera de avanzar, creo, es detectando sus errores en lugar de boxear contra un enemigo imaginario. Quienes pensamos que la Economía no es, ni debe ser un conjunto de “paradigmas” o “escuelas de pensamiento” separadas y sin comunicación alguna entre ellas, sino una ciencia empírica como cualquier otra, capaz de resolver problemas concretos, una ciencia dotada de leyes y consensos parciales, falibles y empíricamente motivados, valoramos el debate abierto como el medio de aprender de nuestros errores. Nada de esto es posible criticando a Mr. Strawman.

---

<sup>9</sup> Algunos ejemplos podrían contribuir a ilustrar el punto. El *contenido empírico* de la Ley de Say resulta, bajo esta lectura, en la *imposibilidad* de la existencia de una crisis de sobreproducción, así como la Ley de Entropía afirmaría (entre otras cosas) que resulta *imposible* construir un motor perpetuo, o la Hipótesis de Mercados Eficientes que es *imposible* predecir crisis financieras sistemáticamente. Esta lectura acerca del contenido empírico de una ley difiere de la idea según la cual las leyes o hipótesis proporcionan *descripciones de tendencias* que operan en el mundo real, y valen estrictamente “*ceteris paribus*”. Bajo su influencia suele entenderse a la Ley de Say como afirmando literal o tendencialmente que “todo oferta crea su propia demanda”, algo que por supuesto resulta difícil de defender. Si tomamos al contenido empírico de la Hipótesis de Mercados Eficientes como una afirmación tendencial referida a los mercados financieros, en lugar de una prohibición, lo menos que podemos pensar es que resulta errónea, o es un “disparate”, etc.

<sup>10</sup> Para decirlo en una fórmula, y en referencia a RATEX, **d**ado que el mundo real aparece como plétórico de oportunidades de arbitraje, los modelos económicos “ortodoxos” *asumen* que *no hay posibilidades de arbitraje*. La razón es simple. Si las hubiera, y hubiera alguna manera “científica” de predecir su ocurrencia, el economista *como teórico* podría aprovecharlas para hacerse rico. Desde este punto de vista, RATEX no afirma que los agentes reales posean conocimiento perfecto acerca del futuro, sino más bien, y de manera más humilde, que el economista teórico no posee ventajas (en este sentido) con respecto a los agentes reales.

## **Referencias**

- Alchian, A. A., 1950. Uncertainty, evolution, and economic theory. *Journal of political economy*, 58(3), 211-221.
- Angrist, J. D., & Pischke, J. S., 2014. A Missisipi Experiment. *Mastering' metrics: The path from cause to effect*, Chapter 5, Section 5.1. Princeton University Press.
- Bernanke, B., 2002. Remarks by Governor Ben S. Bernanke at the Conference to Honor Milton Friedman, University of Chicago, Chicago, Illinois, November 8, 2002. Disponible en: <https://www.federalreserve.gov/boarddocs/speeches/2002/20021108/default.htm>
- Friedman, M., 1968. The role of monetary policy. *The American economic review*, 58(1), 1-17.
- Friedman, M., 1974. Comments on the Critics. *Milton Friedman's Monetary Framework: A Debate with His Critics*, edited by R. J. Gordon, Chicago. University of Chicago Press.
- Friedman, M., & Schwartz, A. J., 2008. A monetary history of the United States, 1867-1960. Princeton University Press.
- Keynes, J. M., 1937. The general theory of employment. *The quarterly journal of economics*, 51(2), 209-223.
- Lucas, R. E., 1972. Expectations and the Neutrality of Money. *Journal of economic theory*, 4(2), 103-124.
- Lucas, R. E., 1973. Some international evidence on output-inflation tradeoffs. *The American Economic Review*, 63(3), 326-334.
- Lucas, R. E., 1978. Unemployment Policy. *The American Economic Review*, 68(2), 353-357. Papers and Proceedings of the Ninetieth Annual Meeting of the American Economic Association (Mayo, 1978).
- Lucas, R. E., 1986. Adaptive behavior and economic theory. *Journal of Business*, 59(4), 401-426.
- Lucas, R. E., 2003. Macroeconomic Priorities. *American Economic Review*, 93(1), 1-14.
- Lucas, R. E., 2009. In defence de la dismal science. *The Economist*, Economics Focus. Disponible en: <http://www.economist.com/node/14165405>
- Lucas, R. E. & Sargent, T., 1981. After keynesian macroeconomics. *Rational expectations and econometric practice*, 1, 295-319.
- Mill, J. S., 1844. On the Definition of Political Economy, and on the Method of Investigation Proper to it. *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, Essay V. Disponible online en: <http://www.efm.bris.ac.uk/het/mill/question.pdf>

Simon, H. A., 1955. A behavioral model of rational choice. *The quarterly journal of economics*, 69(1), 99-118.

Snowdon, B., & Vane, H. R., 1999. *Conversations with Leading Economists*. Books.